

DC148
T4
v.4



FONDO HISTORICO
R GARDO COVARRUBIAS

155555

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION FRANCESA.

CONVENCION NACIONAL.

CAPITULO PRIMERO.

Estado de los partidos en el momento del proceso de Luis XVI.— Carácter y opiniones de los miembros del ministerio en aquella época, Roland, Pache, Lebrun, Garat, Monge y Claviere.— Pormenores acerca de la vida interior de la familia real en la torre del Temple.— Principio de la discusion sobre el juicio de Luis XVI: resúmen de los debates; opinion de St. Just.— Estado fatal de las subsistencias: por, menores y cuestiones de economia politica.— Discurso de Robespierre sobre el juicio del rey.— La convencion decreta que el rey será juzgado por ella.— Papeles encontrados en el *armario de hierro*.— Primer interrogatorio de Luis XVI en la convencion.— Choque de opiniones é intereses durante el proceso, inquietud de los jacobinos.— Situacion del duque de Orleans; propónese su destierro.

Iba por fin á principiarse el proceso de Luis XVI y los partidos le estaban aguardando para

medir sus fuerzas, descubrir sus intenciones y juzgarse definitivamente. Teniase sobre todo la vista fija en los girondinos para sosprenderles al menor movimiento de compasion que mostraran, y acusarles de realismo si se dejaban conmover por la grandeza desgraciada.

El partido jacobino, que perseguia en la persona de Luis XVI á la monarquia entera, habia hecho sin duda muchos progresos; pero encontraba una oposicion bastante fuerte en Paris y mas aun en el resto de Francia. Dominaba en la capital por medio de su club, por el ayuntamiento y por las secciones, mas la clase media iba reanimándose y no dejaba de oponerle alguna resistencia. Habiendo Petion reusado el corregimiento habia obtenido Chambon ¹ un gran número de votos, y aceptado con repugnancia unas funciones muy poco análogas á su carácter moderado y nada ambicioso. Esta eleccion prueba el poder que todavia tenia la clase media en el mismo pais, y todavia le tenia mayor en el resto de Francia. Ni los propietarios, ni los comerciantes, ni las clases acomodadas habian desertado de los consejos municipales, ni de los de departamento, ni de las sociedades populares, y enviaban sus peticiones á la mayoría de la convencion en el sentido de las leyes y de la moderacion. Muchas de las sociedades afiliadas á los jacobinos desaprobaban la so-

ciudad madre y la pedian con instancia que borrarse de la lista á Marat, y aun algunas añadian tambien el nombre de Robespierre. Ultimamente iban viniendo nuevos confederados de las Bocas del Ródano, de Calvados, de Finisterre y de la Gironda, que se anticipaban á los decretos, como en el 10 de agosto, y venian á proteger la convencion y asegurar su independendencia.

Todavia no eran dueños los jacobinos de los ejércitos, antes bien eran mirados por los estados mayores como un obstáculo para la organizacion militar; pero habian principiado á hacerse lugar en el ministerio de la guerra, donde Pache por su natural debilidad *, habia colocado una multitud de miembros de aquel club, en lugar de los antiguos empleados. Ya se tuteaban en aquellas oficinas y asistian á ellas en traje indecente, haciendo mociones, y ocupando los puestos una porcion de sacerdotes casados que habia introducido allí Anduin yerno de Pache, que tambien habia contraido matrimonio á pesar de su corona. Uno de los gefes de mesa de aquel ministerio era Hassenfratz ², vecino en otro tiempo de Metz, y

* Dale con la debilidad: Pache no era tan débil como perverso é hipócrita, y ya se verá en el curso de esta historia como le sobraba energia para oponerse á todo lo bueno y favorecer todo lo malo, con tal que de ello le resultase algun interés.

expatriado de allí por una bancarrota, y que como tantos otros habia llegado á los grandes empleos afectando mucho celo demagógico. Por el mismo estilo se iban renovando las administraciones del ejército, y en cuanto era posible se llenaba el ejército mismo de una clase nueva y de una opinion inusitada. Asi mientras que Roland era objeto de odio para los jacobinos, Pache era su idolo y el blanco de sus alabanzas. Ponian en las nubes su dulzura, modestia y gran capacidad, contraponiéndolas á la severidad de Roland, que bautizaban con el nombre de orgullo. En efecto este no habia querido darles acceso alguno en su ministerio del interior, estando sobradamente ocupado con observar las relaciones de los cuerpos constituidos, haciendo entrar en sus límites á los que se apartaban de ellos, mantener la tranquilidad pública, velar sobre las sociedades populares, cuidar de las subsistencias, proteger el comercio y las propiedades, es decir, vigilar todos los ramos de la administracion interior del estado, para lo cual apenas bastaba su extraordinaria energia. Todos los dias denunciaba al ayuntamiento, reclamaba contra sus excesos de autoridad, sus dilapidaciones y sus envios de comisarios; interceptaba sus correspondencias, igualmente que las de los jacobinos, y sustraia sus escritos violentos, poniendo en su lugar otros lle-

nos de moderacion que producian el mejor efecto, tenia la vista fija sobre todas las propiedades de los emigrados que se habian adjudicado al estado, cuidaba con esmero de las subsistencias, reprimia los desórdenes á que estas daban ocasion, y se multiplicaba en cierto modo para oponer á las pasiones revolucionarias la ley y la fuerza cuando podia. Esto basta para concebir la diferencia que habia para los jacobinos entre él y Pache. Las mismas familias de los dos ministros contribuian á que fuese mas sensible la diferencia. La muger y los hijos de Pache concurrían á los clubs y á las secciones, se presentaban en los cuarteles de los confederados, á quienes se intentaba ganar para la causa y se distinguian por un bajo jacobinismo que contrastaba con aquella culta y orgullosa muger de Roland, siempre rodeada de tan brillantes y tan odiados oradores.

Eran pues Pache y Roland los dos hombres que hacian cabeza en el consejo, pues aunque Claviere disentia frecuentemente de sus compañeros en materias de hacienda por la estremada irascibilidad de su carácter, al fin volvía siempre al dictámen de Roland cuando estaba sereno. Lebrun era débil, pero adicto á los girondinos por sus luces; trabajaba mucho con Brissot, á quien los jacobinos tenian por un intrigante, y decian que era dueño de todo el gobierno, porque ayudaba á

Lebrun en las tareas de la diplomacia. Garat, mirando á todos los partidos desde una altura metafísica, se contentaba con juzgar de ellos y no se creía obligado á combatirlos; teniéndose por dispensado de defender á los girondinos porque descubría en ellos algunos defectos y convertía en prudencia su natural inercia. Entretanto los jacobinos miraban como gran ventaja la neutralidad de un talento tan distinguido y la pagaban con elogios. Ultimamente Monge, que era un excelente matemático y decidido patriota, se inclinaba muy poco á las vagas teorías de los girondinos, y siguiendo el ejemplo de Pache, dejaba invadir su ministerio por los jacobinos, sin romper con los otros á quienes debía su elevación, recibiendo elogios de sus adversarios y participando de la popularidad del ministro de la guerra.

De esta suerte el partido jacobino, que contaba con los dos ministros Pache y Monge y con la indiferencia del ideólogo Garat, pero tenía por adversario al inexorable Roland, que se llevaba tras de sí á Lebrun, Claviere y de cuando en cuando á todos los demás; el partido jacobino, decimos, no era dueño del gobierno del estado, y propalaba por todas partes que no había más que un rey de menos en el nuevo orden de cosas, pero que continuaba el mismo despotismo, las mismas intrigas y las mismas traiciones. Decía que no se

completaría la revolución sino cuando se hubiese destruido al autor secreto de todas las maquinaciones y resistencias, que estaba encerrado en el Temple.

Ya se dejan conocer cuales eran las fuerzas respectivas de los partidos y el estado de la revolución al principiarse el proceso de Luis XVI. Había aquel príncipe con su familia la torre grande del edificio: y así como el ayuntamiento tenía á su disposición la fuerza armada y el cuidado de la policía en la capital, tenía también á su cargo la guardia del Temple, hallándose sujeta la familia real á su sombría y suspicaz autoridad. Estaba guardada aquella desdichada familia por una clase de hombres muy inferior á los que componían la convención, y así no podía esperar ni la moderación ni las consideraciones que la educación y costumbres urbanas inspiran siempre en favor de la desgracia. La habían alojado á los principios en la torre pequeña, pero después la trasladaron á la grande por ser más fácil y segura su custodia. El rey ocupaba un piso, y las princesas con los niños otro, permitiéndoles reunirse de día y pasar así juntos los tristes instantes de su cautiverio. Un solo criado había obtenido permiso de seguirles á la prisión, que era el honrado Clery, el cual habiéndose escapado de las matanzas del 10 de agosto, había vuelto á Paris para servir en

su infortunio á los que habia igualmente servido en todo el brillo de su poder. Se levantaba al amanecer y se multiplicaba para cumplir con sus amos, supliendo á los muchos criados que les rodeaban en otro tiempo. Se desayunaban á las nueve en el cuarto del rey, y á las diez se reunia toda la familia en la habitacion de la reina, ocupándose Luis XVI de la educacion de su hijo, á quien hacia aprender algunos versos de *Racine* y de *Corneille*, y luego le daba las primeras nociones de la geografía en que estaba muy enterado. La reina por su parte se ocupaba en la educacion de su hija y despues trabajaba con su hermana en bordar cosas de tapiceria. A la una, cuando el tiempo estaba bueno, llevaban á toda la familia á los jardines para que respiraran aire y diesen un corto paseo. Ibanles acompañando muchos municipales y oficiales de la guardia, y de cuando en cuando solian encontrar semblantes humanos y compasivos, al paso que otras veces eran duros y despreciadores. Los hombres de poca instruccion son en lo general poco generosos, y nunca perdonan á la grandeza cuando la ven abatida. Figúrese el lector unos artesanos groseros y sin luzes, que se ven dueños de aquella familia, de quien por tanto tiempo han aguantado el poder y alimentado el lujo, y se concebirá la bajeza de las venganzas que algunas veces egercian sobre ella. Frecuentemente

oían el rey y la reina espresiones durísimas y veian escritas en las paredes de los patios y corredores las manifestaciones de odio que tal vez habia merecido el antiguo gobierno, pero que ciertamente no habian podido inspirar ni Luis XVI ni su esposa. Con todo eso encontraban alguna vez cierto consuelo en algunas espresiones furtivas de intereses, y si continuaban aquellos dolorosos paseos era por sus hijos, que necesitaban algun egercicio. Mientras que recorrian tristemente aquel patio del Temple, veian en las ventanas de las casas inmediatas, una multitud de antiguos súbditos suyos, adictos todavia á sus Señores, y que venian á contemplar el estrecho espacio en que estaba encerrado el monarca depuesto. A las dos se concluía el paseo y se servia la comida, despues de la cual reposaba un rato el rey y mientras que dormia trabajaban en silencio su esposa, hermana é hija, y Clery entretenia al Delfin en otra pieza con algunos juegos propios de su edad. Despues se hacia una lectura en comun, se cenaba y cada cual se retiraba á su habitacion despues de un penoso á Dios, porque nunca se separaban sin mucha pesadumbre. El rey continuaba leyendo durante muchas horas á Montesquieu, á Buffon, al historiador Húme, la Imitacion de Jesucristo y algunos clásicos latinos é italianos, que eran su lectura habitual. Cuando salió del Temple

habia leído ya doscientos cincuenta volúmenes.

Tal era la vida de aquel monarca durante su triste cautividad. Restituido á la vida privada, habia vuelto á practicar todas las virtudes y hacerse digno de todos los corazones honrados, de suerte que sus mismos enemigos al verle tan sencillo, tan sereno y puro no hubieran podido reusarle una compasion involuntaria, perdonando los defectos del príncipe, en favor de las virtudes del hombre privado.

Era tan desconfiado el ayuntamiento, que no tenia reparo en emplear las precauciones mas incómodas sin que jamas perdiesen de vista los oficiales municipales á ninguna de las personas de la familia real, y solo en el momento de acostarse consentian en separarse de ellas por una puerta cerrada. Entonces colocaban una cama á la entrada de cada habitacion, de modo que impidiese la salida y pasaban allí la noche. Todos los dias iba Santerre con su estado mayor á hacer una visita general de la torre y daba cuenta de su resultado. Los oficiales municipales de guardia formaban un especie de consejo permanente en una sala de la torre, el cual estaba encargado de dar órdenes y responder á todas las demandas de los prisioneros. A los principios se permitió en la prision tener tinta, papel y plumas, pero bien pronto se quitaron todos estos objetos igualmente que los

instrumentos cortantes, como cuchillos, navajas de afeitar, tingeras, cortaplumas y no se omitió diligencia, por humillante y ofensiva que fuese, para descubrir si se habia ocultado alguno de estos utensilios. Grave pesadumbre causó á las princesas aquella providencia, porque desde entonces ya se vieron privadas de hacer alguna costura, ni aun para componer sus vestidos, que estaban en muy mal estado, porque no se habian renovado desde su traslacion al Temple. Cuanto habia en palacio de lo destinado al uso personal de la familia real, fué destruido en el saqueo, y la esposa del embajador de Inglaterra envió lienzo á la reina, con el cual mandó el ayuntamiento, á petición del rey, que se hiciera ropa interior para toda la familia. Por lo que hace á vestidos exteriores, ni el rey ni la reina pensaron jamas en pedirlos, aunque sin duda se los hubieran dado si hubiesen manifestado deseo de tenerlos. En cuanto á dinero, se les entregó en setiembre la suma de dos mil francos para gastos menudos, pero despues no se les quiso dar mas, temiendo el uso que podrian hacer de él; sino que habia una suma depositada en manos del administrador del Temple, y segun pedian los presos se compraban los diferentes objetos de que tenian necesidad.

No conviene exajerar los defectos de la naturaleza humana, ni suponer que por una execrable

bajeza, unida á los furores del fanatismo, se complaciesen los guardas de la familia presa en imponerla privaciones indignas, á fin de que les fuese mas penoso el recuerdo de su pasada grandeza, sino que la desconfianza era la única causa de ciertas negativas. Asi mientras que por temor de las intrigas y comunicaciones se la privaba de tener mas que un solo criado en lo interior de la prision, estaban empleados una multitud de ellos en preparar los alimentos. Nada menos que trece cocineros ocupaban la cocina, que estaba á cierta distancia de la torre, y segun los partes de la cuenta del gasto, en que se observa la mayor decencia y se califica á los prisioneros con respeto, ponderando su sobriedad, y justificando al rey del indigno rumor que corria de que era aficionado al vino, resulta que ascendia el gasto de la mesa á 28.745 francos en dos meses. Mientras que habia trece criados en la cocina, no se permitia mas que á uno de ellos penetrar á la prision y ayudar á Clery á servir la mesa. Pero para que se vea cuan ingeniosa es la cautividad, por aquel solo criado, á quien habia procurado interesar Clery, solian saberse en el Temple las noticias de lo que pasaba por fuera. Nada de esto se les habia querido comunicar á los presos, limitándose los representantes del ayuntamiento á comunicarles los diarios que mencionaban las victorias

de la república, y les quitaban toda esperanza.

Para tenerles al corriente habia discurrido Clery un medio bastante ingenioso que le salió muy bien, y era que valiéndose de ciertas comunicaciones de fuera, se pudo escojer y pagar un ciego que venia á ponerse debajo de las ventanas del Temple, y bajo pretesto de vender diarios referia á gritos los principales pormenores de su contenido. Como Clery estaba convenido en la hora, se ponía cerca de la misma ventana á escuchar lo que se decia, y por la noche cuando se arrimaba á la cama del rey para correr las cortinas, le contaba lo que habia oido. Esta era la situacion de la infeliz familia, que habia caido desde el trono á las prisiones, y así luchaba el celo de un criado fiel con la sombría desconfianza de sus carceleros.

Ya las comisiones habian presentado sus informes sobre el proceso de Luis XVI, habiendo Dufliche-Valaré³ leído el primero acerca de los cargos que se hacian al monarca y documentos que podian confirmarlos. Como este informe era demasiado largo para poder escucharle todo entero, se mandó imprimir por orden de la convencion y repartir á cada uno de sus miembros. El dia 7 de noviembre, hablando el diputado Maille en nombre de la comision de legislacion, presentó el informe sobre las grandes cuestiones á que daba origen el proceso, y eran;

¿Puede ser juzgado Luis XVI?

¿Qué tribunal pronunciará la sentencia?

Estas eran las dos cuestiones esenciales que iban á ocupar los ánimos y agitarlos profundamente y por eso se mandó imprimir inmediatamente, traducido en todas las lenguas, y en número suficiente de ejemplares para que en poco tiempo estuviese inundada de ellos la Francia y la Europa. Difirióse la discusion hasta el 13, á pesar de Billaud-Varenes, que queria se decidiese por aclamacion la cuestion de su juicio.

Ibase á dar la última batalla entre las ideas de la asamblea constituyente y las de la convencion, debiendo ser tanto mas encarnizada, quanto iba á resultar de ella la vida ó la muerte de un rey. La constituyente era democrática en ideas y monárquica en sentimientos, y así al paso que organizaba el estado entero en forma de república, conservaba por afecto y consideracion á Luis XVI la monarquía con los atributos que suelen señalársela en el sistema de una monarquía feudal regularizada. El derecho de sucesion, el poder ejecutivo, la participacion en el legislativo, y sobre todo la inviolabilidad, eran las prerrogativas que se reconocen en el trono en las monarquías modernas, y estas eran las mismas que la primera asamblea habia conservado á la casa reinante. La participacion del poder legislativo, y el ejercicio del ejecutivo son

unas funciones que pueden variar en su estension, y no constituyen tan esencialmente la monarquía moderna como la sucesion hereditaria y la inviolabilidad. De estas dos últimas, la una asegura la trasmision perpetua y natural del trono, la segunda le pone fuera de todo alcance en la persona de cada heredero, y ambas forman un no se qué de perpetuo é inaccesible, que ni se interrumpe ni está espuesto á ninguna penalidad. Viéndose precisada á no obrar sino por medio de sus ministros, que responden de sus acciones, no es accesible la corona sino en sus propios agentes, y hay medio de reprimirla sin trastornarla. Tal es la monarquía feudal, sucesivamente modificada por el tiempo, y acomodada al grado de libertad á que han llegado los pueblos modernos.*

En medio de todo, se habia inclinado la asamblea constituyente á poner una restriccion en la inviolabilidad real, porque aquella fuga á Varenes y las empresas de los emigrados la habian convencido de que la simple responsabilidad ministerial no garantizaba á una nacion de todas las faltas de la corona. Por consecuencia, habia previsto el

* Todo esto es mucha verdad, pero al mismo tiempo una amarga censura de la revolucion de julio 1830 en que no solo se exigió la responsabilidad ministerial, sino que se depuso al rey y se proscribió su dinastía. Asi es como se entiende la inviolabilidad en los pueblos modernos. (N. del T.)